

# Europa mediterránea. Una perspectiva geofilosófica

*Caterina Resta*

¿Occidente [Abendland] irá más allá de “Occidente” [Occident] y “Oriente” y sólo a través de lo europeo llegará al lugar en que comience la historia acertada?  
M. Heidegger, “La sentencia de Anaximandro”

La historia universal va de Oriente a Occidente. Europa es absolutamente el término de la historia universal. Asia es el principio.  
G.F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia*

## Una mirada geofilosófica sobre Europa

Desde que, en el siglo VII y VI a.C, en la antigua Grecia, en aquel exiguo trozo de tierra que se incrusta en el Mediterráneo, algunos hombres comenzaron a interrogar el mundo que los circundaba con una nueva actitud, la actitud teórica, a la que dieron el nombre de “filosofía”, privilegiando un saber desinteresado que tuviera la pretensión de pensar lo universal<sup>1</sup>; desde ese decisivo momento en el curso de la historia de la humanidad, comenzó el milenario acontecimiento de un modelo de racionalidad cuyo éxito final, no sin notables excepciones y desviaciones, finalmente ha tomado forma en aquel “pensamiento calculador” que, afirmándose al inicio de la edad moderna, constituye el pensamiento único y omnipresente que domina indiscutiblemente en la totalidad del globo terrestre.

---

<sup>1</sup> Cfr. Husserl, E., *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental: una introducción a la filosofía fenomenológica*, Barcelona, Crítica, 1991.

El proceso de occidentalización del mundo no es otro que, en primer lugar, la consolidación desbordada del racionalismo moderno, de los imperativos de una razón técnico-económica que impone por doquier los propios imperativos de racionalización, homologación y drástica reducción de toda diferencia cualitativa, susceptible de ser perfectamente medida y calculada. De frente a los éxitos desbastadores de esta violenta reducción de la racionalidad al dominio y al cálculo de lo real, se impone entonces la búsqueda de otro pensamiento – búsqueda de la que no se han visto exentos los mayores filósofos del siglo XX, desde Heidegger a Jünger, de Levinas a Derrida - susceptible de saber oponer al creciente desierto del nihilismo técnico-económico nuevas perspectivas y diversas aproximaciones para intentar “pensar de otro modo”. La geofilosofía<sup>2</sup>, lejos de querer presentarse como una nueva disciplina sectorial, aspira justamente a

---

<sup>2</sup> Desde hace algunos años, esta palabra se ha propuesto, con varias y diversas declinaciones, para lograr pensar conjuntamente los múltiples aspectos que invisten el sentido de la relación del hombre y la tierra que habita, en la convicción de que el pensamiento siempre debe radicarse en la tierra y que, por otra parte, los elementos geográficos están ellos mismos cargados de un valor que sobrepasa meramente el dato natural, por revestir valencias espirituales, simbólicas y filosóficas de extraordinaria significación. En la imposibilidad de dar cuenta aquí de la cantidad relevante de estudios de carácter filosófico, puedo recordar aquellos que siento más afines a mi perspectiva. Más allá de mis trabajos, sobre todo C. Resta, “10 tesi di Geofilosofia”, en AA. VV., *Appartenenza e località: l'uomo e il territorio*, edición a cargo de L. Bonesio, SEB, Milano 1996, pp. 7-24 y los volúmenes de mi autoría, *Il luogo e le vie. Geografie del pensiero in M. Heidegger*, Angeli, Milano 1996; *La Terra del mattino. Ethos, Logos e Physis nel pensiero di Martin Heidegger*, Angeli, Milano 1998; *Stato mondiale o Nomos della terra. Carl Schmitt tra universo e pluriverso*, Pellicani, Roma 1999; *Passaggi al bosco. Ernst Jünger nell'era dei Titani*, Mimesis, Milano 2000 (con Luisa Bonesio), quisiera recordar aquellos trabajos de Luisa Bonesio, junto a la cual ha sido posible formular una perspectiva geofilosófica común: L. Bonesio, *La terra invisibile*, Marcos y Marcos, Milano 1993; *Geofilosofia del paesaggio*, Mimesis, Milano 1997; *Oltre il paesaggio. I luoghi tra estetica e geofilosofia*, Arianna, Casalecchio (BO) 2002 y los textos relacionados AA. VV., *Geofilosofia*, a cargo de M. Baldino, L. Bonesio, C. Resta, Lyasis, Sondrio 1996; AA. VV., *Orizzonti della geofilosofia. Terra e luoghi nell'epoca della mondializzazione*, Arianna, Casalecchio (BO) 2000. Junto a éstos, quisiera al menos mencionar, en el ámbito italiano, los trabajos de M. Cacciari, *Geo-filosofia dell'Europa*, Adelphi, Milano 1994 y *Arcipelago*, Adelphi, Milano, 1997, como así también los de F. Cassano, *Il pensiero meridiano*, Laterza, Roma-Bari 1996 y *Paeninsula. L'Italia da ritrovare*, Laterza, Roma-Bari 1998.

esto: a asumir la tarea, verdaderamente nada fácil, de reconducir el pensamiento a interrogar el sentido global del habitar del hombre en la tierra. Si, justamente por causa de la imposición planetaria de la racionalidad europea-occidental, el mundo aparece hoy, en la era global, unido y homologado bajo el signo de un pensamiento único que cancela diferencias y singularidades, produciendo por doquier irreversibles procesos de desarraigo y pérdida de identidad cultural, la geofilosofía, reflexionando sobre estos fenómenos, intenta poner en marcha un contra-movimiento, tendiente a salvaguardar las irreductibles fisonomías espirituales, culturales, paisajísticas de pueblos y lugares, considerándolas en su inestimable riqueza. Si la cultura es siempre cultivación de aquello que pertenece más propiamente a nuestras tradiciones y a nuestra historia, es justamente por eso que ella puede mantenerse viva solo en la medida en que se abre a la confrontación con las otras culturas. Así pues, una identidad cultural no es pensada como cerrada en sí misma, sino como en continuo intercambio, ósmosis y diálogo con quien es diverso de nosotros. Una cultura que se cerrase intransitivamente dentro de su propia tranquilizadora y presunta identidad, estaría de hecho destinada rápidamente al endurecimiento que precede a la muerte, ya que solo por la incesante confrontación con el otro, con aquello que viene de afuera, es como ella puede mantenerse verdaderamente viva y vital.

Por lo tanto ¿cuál podrá ser la reconsideración de Europa y de su identidad, a la luz de una visión geofilosófica?

Estar continuamente en crisis consigo misma, desde siempre suspendida entre la vida y la muerte: sin dudas, esta es una de las características de Europa y de los que la habitan. No es este el caso de renovar discursos ya conocidos y compartidos desde hace largo tiempo, sobre la dificultad de Europa para asumir un propio rostro, o sobre la preciosa e irrenunciable experiencia de que en su suelo se ha cumplido la convivencia, no sin contraste, de una pluralidad de pueblos y tradiciones diferentes que, al final, han sabido encontrar formas y modos de diálogo, en la salvaguardia de la propia irrenunciable especificidad. Inclusive, faltando una identidad, en la pluralidad y también en la incompatibilidad de sus muchas raíces (griega, latina, germana, hebrea, cristiana, árabe, etc.), ¿será capaz Euro-

pa, al final, de presentar un cuadro de armoniosa convivencia entre los pueblos, en el respeto de la identidad de cada uno, en nombre de un modelo de civilización y humanidad, cuya pretensión de universal ha sabido imponer por la fuerza o mediante la persuasión al resto del mundo? De hecho, esta Europa que aspira a encarnar los valores universales del humanismo y del progreso tiene un potente efecto de sugestión del cual es difícil sustraerse. Esta idea de Europa como “cuna de la civilización” y de una tradición, la occidental, que ha sido la única susceptible de proponerse y afirmarse como “valor universal” en nombre de los derechos universales de la humanidad, no está sin embargo privada de contradicciones.

Inserta más que nunca en su propio rol y en sus propios límites, siempre en movimiento, constreñida dentro del estrecho diseño de una unificación meramente monetaria y de mercados, Europa aparece hoy dudosa respecto al modelo político a elegir. ¿Qué Europa estamos llamados a construir: la de las naciones, la de los pueblos, la de las regiones, la de las ciudades? ¿De las periferias o de los centros, asomada al Mediterráneo o al Báltico, mirando al Este o al Oeste?

## **Europa entre la vida y la muerte**

Europa está en el inicio. Ya desde largo tiempo el inicio de Europa está en gestación: nacimientos, renacimientos, abortos, bruscas interrupciones no hacen más que confirmar aquella profunda aspiración que Hegel pudo reconocer como el fin y la finalización de la historia universal. Una potente imagen geofilosófica ha vehiculizado su imposición a escala planetaria, la de un pequeño promontorio del continente asiático que, en su elevarse, se muestra como *caput mundi*. Desde Nietzsche a Valéry, desde Heidegger a Schmitt, hasta Derrida<sup>3</sup>, tanto el inicio como la finalización de Euro-

---

<sup>3</sup> Cfr: Nietzsche, F. *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1998, p. 78: “Con terror y respeto nos detenemos ante ese inmenso residuo de lo que el hombre fue en otro tiempo, y al hacerlo nos asaltarán tristes pensamientos sobre la vieja Asia y sobre Europa, su pequeña península avanzada, la cual significaría, frente a Asia, el «progreso del hombre»”. La misma imagen retorna en uno de los escritos de P. Valéry “Crise de l’esprit” de 1919:

pa, en el sentido de su cumplimiento, no pueden prescindir de esta figura de promontorio que avanza sobre el mar, recortándose de aquel vasto continente que deja a sus espaldas. De esta figura de altura que pone a Europa a la cabeza del resto del mundo, es de donde ella ha irradiado su fuerza espiritual por doquier, alargando desmesuradamente sus propios límites. Primero advino América, Nuevo Mundo con respecto al viejo continente que era la madre patria de los primeros emprendedores colonos; y después “Occidente”, en una acepción que, lejos de designar sólo el hemisferio occidental, cobra un significado global y planetario.

Pero entonces ¿no será demasiado tarde para este nuevo inicio de Europa, respecto a un proceso de unificación planetaria, ya desde hace tiempo impulsado por el proceso técnico-económico y sus imperiosas exigencias? Este proceso de occidentalización del mundo ¿se lo puede incluso llamar un inicio, o no implica más bien la cancelación de Europa y de todo aquello que, por determinados caminos, podrían constituir su advenir? ¿Cuál Europa debe salir a la luz y cuál está destinada a oscurecerse?

De hecho, por diferentes vías, muchos son los indicios en base a los cuales podremos pensar que Europa ha llegado a su fin. Desde hace ya mucho tiempo, por todas partes, se ha comunicado su inevitable decadencia<sup>4</sup>.

---

“¿Se convertirá Europa en *lo que es en realidad*, es decir, en un pequeño cabo del continente asiático? ¿O bien Europa seguirá siendo *lo que parece*, es decir, la parte preciosa del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un vasto cuerpo?”, y más adelante agrega: “¿Qué es, pues, esta Europa? Es una especie de cabo del viejo continente, un apéndice occidental del Asia. Mira naturalmente hacia el Oeste”. Valéry, P., “La crisis del espíritu”, en *Política del espíritu*, Losada, Buenos Aires, 1997, pp. 40 y 53, respectivamente. La primera de estas dos cita de Valéry ha sido retomada y comentada por Heidegger en una conferencia de 1959: Heidegger, M., “El cielo y la tierra de Hölderlin”, en *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, Ariel, Barcelona, 1983, p. 189.

Sobre esta, por último, se ejercita el paciente trabajo de Derrida, J., *El otro cabo*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1992. Sobre el destino de Europa, entre la tierra y el mar, resultan fundamentales las reflexiones de C. Schmitt, de quien recordaremos solamente *Tierra y mar. Una reflexión sobre la historia universal con un prólogo de Ramón Campderrich y un epílogo de Franco Volpi*, Trotta, Madrid, 2007; y *El nomos de la tierra y en el derecho de gentes de “Jus publicum Europaeum”*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1974. [N. de T.]

<sup>4</sup> Es lo que, entre otros, sostenía Spengler en su célebre *La decadencia de Occidente*, Espasa Calpe, España, 2007.

Larga, extenuante agonía de un cuerpo largamente enfermo, afectado por un misterioso morbo que poco a poco lo ha destruido, desbastándolo desde su interior. Pero Europa es resistente ante la muerte: cada día parece el último día, cada ulterior herida parece la mortal. En el mismo instante en el que se dice que ha nacido, ha sido comunicada también su muerte. ¿Irrevocable? Ciertamente, desde hace siglos, Europa no tiene otra vida que la de estar entre la vida y la muerte: sin embargo, no es mera supervivencia, sino el acontecimiento alterno de un inicio y un fin, de un incesante encontrarse y perderse. Este movimiento, quizá, constituye nuestra historia. No sólo en el sentido de aquellos eventos que se desarrollaron –y continuaron desarrollándose- en esa parte del mundo que llamamos “Europa”, con una definición geopolítica cuyas móviles fronteras han constituido el terrero de confrontación. En el momento en que Europa se ha anunciado, ha nacido el Tiempo, “nuestro” tiempo, el tiempo de Occidente: la Historia misma del mundo. Al menos así tenemos la presunción de creer.

Es necesario admitir que la “construcción” de Europa, su *constructum*, corresponde intrínsecamente a una incesante deconstrucción. También por esto, quizá, Europa está constitutivamente en crisis consigo misma y, cuando esta crisis se hace sentir mayormente, cuando se anuncia el fin de un viejo orden sin que se pueda aún entrever otro, es cuando Europa se interroga, desde sí y sobre sí misma, en ese característico autorreflejo del cual ni siquiera nuestro discurso puede pretender alejarse del todo.

## **La otra Europa**

Las respuestas dadas hasta ahora no pueden no aparecer como decepcionantes, y hasta sarcásticas respecto al desafío de nuestra época. Sobre Europa discuten hoy políticos y economistas, burocráticos, financieros y banqueros. En el privilegio de las exigencias legadas por la unificación de la moneda y de los mercados, se persigue más bien la idea de una unificación meramente económica y formal, sin advertir que crece por doquier un fuerte reclamo de pertenencia, identidad, memoria. Deberían unirse las partes a lo largo de la línea de la convivencia económica, sin notar la

reductividad y la modestia de este proyecto, que no alcanza de ningún modo a co-responder al reclamo del presente. Europa, esta nueva Europa que aún debe venir, si acaso vendrá, no surgirá por la libertad y la unidad de los mercados, sino tan sólo por un evento, incalculable, imprevisible, que aún nos espera como tarea. Si tal vez haya un advenir para Europa, ése no podría acaecer sino como el evento del otro, como la promesa de un giro decisivo de la historia. Europa no sólo está para ser reanimada; entre custodia de la memoria y preparación del advenir, ella, en primer lugar, debe devenir espacio de apertura y de acogida de su otro, “a lo que no es, no ha sido jamás y no será Europa”<sup>5</sup>, una apertura que no sólo no se asimila, sino que incluso le impide todo recogimiento de sí misma, toda posible reapropiación de sí e identidad consigo misma.

Como ha recordado J. Derrida en su importante intervención sobre Europa, “*lo propio de una cultura es no ser idéntica a sí misma*”<sup>6</sup>: solo a partir de esta cuestión se puede preparar verdaderamente el evento de otra Europa, de una Europa por-venir. Evento desde el fondo aún incalculable e inanticipable, imprevisible desde ningún programa y sin ninguna planificación realizable, si es verdad que este evento debe resguardar una decisión y una responsabilidad que exceden toda posible previsión y cálculo. La paradoja es justamente lo que nos empeña en nuestra tarea, por un reclamo realizado desde una doble ley: por un lado, la de ser los custodios de una tradición que ha hecho única a Europa en relación a todos los otros países, sin todavía por ello considerarla como una herencia archivable y capitalizable; por el otro, abrir el propio pasado de Europa a aquello que aún no ha sido nunca, pero que podría llegar a ser, sin caer en el énfasis de la novedad, de lo absolutamente diferente, sin sucumbir al riesgo de la amnesia total. Preparar un ad-venir para Europa quiere decir, en primer lugar, reconocerse herederos, no en el sentido obvio de esta palabra por el cual se recibe simplemente un legado, sino en aquel más cierto imperativo de una libre y responsable asunción de cuanto nos ha sido destinado, teniendo que testimoniar y responder por el ad-venir. Ser herederos com-

---

<sup>5</sup> Derrida, J., *El otro cabo*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1992, p. 63.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 17.

porta ahora una tarea paradójal, pero que es la única que verdaderamente nos empeña; salvaguardar, defender, custodiar aquello que nos es donado por nuestra memoria, y conjuntamente abrirse al don del otro, al extranjero, al no-familiar, al extraño, reconocido en su radical heterogeneidad y alteridad irreductible. Se refuta, por lo tanto, la lógica conciliadora y fagocitadora de la integración, como así también aquella de la tolerancia, ambas intrínsecamente negadoras del otro en cuanto otro. De hecho, ni una ni la otra dejan abierto ese espacio, esa diferencia, indispensable para que, en el encuentro y el acogimiento, se pueda salvaguardar y custodiar la irreductible singularidad de cada uno. Quizá es francamente imposible obedecer en profundidad a estas dos leyes, la de la fidelidad, nunca supina, ofrecida a la propia memoria, y la del acogimiento reservado para el otro exigente hasta tal punto que ninguna ley de hospitalidad podría nunca satisfacer: a pesar de todo, sólo por este imposible, puede llegar hasta nosotros la promesa de un ad-venir para Europa. No hay cálculo o regla para preparar el ad-venir de Europa, pero justamente por eso se trata de la responsabilidad, en el sentido de tener que responder por una identidad que, proviniendo del otro, siempre está en deuda en sus confrontaciones, incluso manteniéndose siempre ejemplarmente única, inscripción del universal en el singular. A partir de esta responsabilidad, se trata de pensar de otro modo el Extranjero y el Extraño, e, incluso primero, el Familiar, más allá del sentido del límite, del confín y de la frontera en su acepción geográfica, política y cultural<sup>7</sup>. Si hasta este momento han sido determinados a partir del Mismo ¿cómo definirlos ahora a partir del otro? ¿Cómo mantener cerrada, custodiada, salvaguardada una tradición (tierra, lengua, religión, etnia, etc.) sin que degenera en particularismo, racismo, fanatismo? ¿Cómo abrirla, al mismo tiempo, al Extraño, sin por esto desnaturalizarla, haciéndole perder su carácter específico, aquel que la hace única, en nombre de un erróneo principio de traducibilidad y universalidad homologante? ¿Qué idea de traducción, de tránsito, de pasaje no sólo de una lengua a otra, debe ser asumida para que la singularidad y unidad de

---

<sup>7</sup> Cfr. J.-L. Nancy, "Alla frontiera, figure e colori", tr. it. de L. Bonesio en AA. VV., *Geofilosofia*, op. cit.

un idioma —y no sólo de esto—, incluso salvaguardando la propia intraducibilidad, todavía no se la refute por un cierto grado de traducción?

Nada es más efímero, y a la vez, más obligatorio que la identidad europea. Como tantas veces ha sido notado, Europa nunca ha tenido fronteras geográficas fácilmente reconocibles, ni una lengua o cultura únicas. Las variadas formas políticas que se han sucedido en su territorio han marcado unificaciones en torno a diversos centros, desplazando continuamente el baricentro y produciendo grandísimas tensiones entre Oeste y Este, en el antagonismo entre Roma y Bizancio, por ejemplo; o entre Atenas y Jerusalén; o entre Norte y Sur, en la marca de una vocación germánica o latina del Imperio; entre diferentes credos religiosos: católicos, protestantes, ortodoxos, hebreos y musulmanes.

Europa ha sido siempre por ello una y muchas: nunca idéntica a sí misma, sino a partir de las innumerables diferencias que desde siempre componen su rostro. El trabajo y el largo camino hacia la búsqueda de sí parten por lo tanto de una identidad plural de principio a fin, diferente en sí misma. Verdaderamente, desde su mismo surgir, hay una Europa que se identifica con el Occidente contra el Oriente, con el Norte contra el Sur, con la razón contra todo irracionalismo. Pero la cuestión es que estas contradicciones no la amenazan desde el exterior, sino que siempre la han abrumado desde su interior, infinitamente lacerada y dividida desde dentro, impidiéndole suturar estas heridas de una vez por todas en una identidad finalmente conciliada. Cuando esto ha parecido suceder, han sido quizá los momentos más oscuros. Que no pueda acaecer una identificación definitiva no significa, sin embargo, no tener una fisonomía reconocible; Europa nos desafía a acogerla incluso en sus divisiones, en sus conflictos, en sus diferencias que desde siempre la han caracterizado. Esto da testimonio, como mejor no se podría, de que toda identidad se constituye como diferencia. No en el sentido de que esta alteridad pertenezca a un afuera asegurador respecto al cual y contra al cual medirse: esta identidad, como resultado de la contraposición, establece con el otro una relación de exclusión, excluye todo aquello que siente como extraño y lo fagocita, asimilándolo a sí, hasta no reconocer, ni comprender o respetar la diferencia. En nombre de esta identidad fuerte nace el mito de toda autoctonía: el

estar siempre hacia adentro y en torno a sí mismo, en la medida en que proviene de sí.

En cambio, la identidad proviene siempre desde el otro, sin que nunca se lo pueda resolver ni disolver sino al precio de una violencia inaudita: Europa ha sido el banco de prueba de este asunto, y todavía parece aún no haberlo comprendido. Una grave de-cisión le espera entre alternativas que parecen inconciliables: a partir de la respuesta que tendrá que dar, dependerá acaso también el destino de Occidente, del cual en cierto modo también depende la suerte del mundo entero. Esta de-cisión, que implica la suerte de todo el planeta, reclama la responsabilidad de saber co-responder a la provocación y a la demanda que viene del presente. Dondequiera, esto nos interpela en el inquietante imponerse de la técnica moderna, no tanto entendida como vinculada sólo a los instrumentos, sino también a cualquier forma de pensamiento que, mediante el cálculo, afirma y persigue una voluntad de dominio sobre todo lo real<sup>8</sup>. Aquí, en Europa, este proyecto ha surgido y se ha transformado así en destino planetario. Desde aquí, desde Europa, se ha puesto en marcha ese proceso de occidentalización del mundo que hoy se ha casi cumplido, determinando un “nuevo orden mundial” no más eurocéntrico, sino rotativo, aún más hacia el occidente, en torno a un nuevo Axis Mundi, Norte América. Entonces, quizá volviendo al Viejo Continente, más allá de Oriente y Occidente y desde su histórica contradicción, ¿podría nacer otra Europa?

La racionalidad técnico-científica, en cuanto forma extrema de dominio del mundo, persigue su conquista a escala planetaria en cierto modo inaparente, pero aún más invasiva y violenta que la colonial. Frente a este evento, que aún estamos muy lejos de comprenderlo a fondo, ¿no se arriesga la unificación europea a aparecer como ya superada, resuelta y disuelta en aquella gigantesca y planetaria unificación perseguida por el pensamiento calculador, del cual la telemática y la cibernética muestran

---

<sup>8</sup> Para esta interpretación de la técnica cual moderna expresión de una voluntad de poder que persigue el dominio de lo real mediante la imposición de un pensamiento calculador cfr. Heidegger, M, “La pregunta por la técnica” en *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994. y Jünger, E., *Trabajador: dominio y figura*, Barcelona, Tusquets, 1990.

ya realizada la reticular omnipresencia? De frente a la ya cumplida unidad del mundo<sup>9</sup>, colapsan las antiguas alternativas, no reinan más, como el muro entre Rusia y América, cortina de hierro para la que ha bastado apenas un soplo para demolerla.

Pero ahora, en la siempre creciente unificación del globo terrestre ¿hay aún espacio, hay todavía tiempo para este evento que llamamos “Europa”? ¿Puede todavía tener lugar, en la tabla rasa del desierto planetario, algo así como Europa?

La hegemonía del pensamiento euro-occidental se ha impuesto sobre el mundo con la pretensión de ayudar, forzar, restringir, seducir a los otros para llegar a ser como nosotros, encarnación de la humanidad y del universal. En una aterradora heterogénesis de los fines, justamente la cuna de la civilización y de la tolerancia de los pueblos ha provocado los más espantosos genocidios culturales y la más desoladora devastación del planeta, embistiendo con su potencia destructiva no sólo la humanidad en la variopinta geografía de sus pueblos, sino también la naturaleza, en todas sus formas, vivientes y no vivientes. Animales, plantas, rocas milenarias, paisajes enteros han sido aniquilados, desfigurados, reducidos a despojado desierto por obra del hombre —de un determinado tipo de hombre— y en nombre de sus inalienables derechos. Una desaparición silente e inobservada de especies vivientes se consume cada día, sin que siquiera lo percibamos, sobre la tierra, en el mar y en el cielo, como una lenta e invisible enfermedad que lentamente corroe y aridece el mundo, mientras nosotros crecemos y nos multiplicamos a ritmo vertiginoso, tomando siempre más espacio en el desmejoramiento de la naturaleza, deviniendo cada vez más iguales y uniformes, cada vez más similares a una máscara privada de las líneas de un rostro, en la progresiva cancelación de todo rasgo reconocible.

---

<sup>9</sup> Sobre los aspectos inquietantes de un gobierno mundial de la técnica han insistido, aunque de diversos modos, Schmitt, C., *La unidad del mundo*, Ateneo, Madrid, 1951. y Jünger, E., “El Estado Mundial. Organismo y Organización” en *La Paz seguido de El Nudo Gordiano, El Estado Mundial y Alocución en Verdún*, Barcelona, Tusquets, 1996. Para un análisis más profundo de estos temas, me permito reenviar a C. Restá, *Stato mondiale o Nomos della terra. Carl Schmitt tra universo e pluriverso*, op. cit.; y también mi “Verso assetti planetari” en *Passaggi al bosco. Ernst Jünger nell’era dei Titani*, op. cit.

Esto, sin embargo, no sucede sin contragolpes. Sólo en el interior de la no pacífica afirmación de la epocal pérdida de las raíces, es posible comprender el despertar y el resurgir de una necesidad de identidad y arraigo. Es sobre este plano que se jugará una batalla decisiva para la suerte de la humanidad entera, porque sólo a partir de las respuestas que sabremos dar a esta exigencia, será posible superar –o quizá prolongar indefinidamente– la época del “último hombre”, como Nietzsche amaba nombrarlo.

La otra Europa, aquella a la que querríamos aspirar, si acaso verá la luz, deberá ser una Europa única en la talladura de los diversos rostros que la componen, pero no atribuible a ninguno de ellos tomados singularmente. Desde todos estos rostros, desde todos estos idiomas, podría tomar forma, como en un mosaico, una nueva imagen, la de una Europa unida en el conjunto de sus fragmentos, idéntica a sí sólo en cuanto es en sí misma múltiple y diferente, por ninguna otra cosa tenida en conjunto si no por el inagotable deseo de cada uno de confrontarse con el otro, en un diálogo alimentado no de aquello que es familiar y común, sino de cuanto es y debe restar como absolutamente extraño y singular.

## **Europa más allá de Occidente**

Sin embargo, para que Europa pueda reencontrarse consigo misma, aquel espíritu europeo que desde su surgimiento en suelo griego la ha vuelto única, debe primero afrontar un crucial dilema, volviendo, sobretodo, a repensar el propio origen, resolviendo esa ambigua identificación en virtud de la cual ama asimilarse enteramente a Occidente, la tierra del sol menguante, sobre la cual desciende la noche de un entenebrecimiento donde todo se hace indistinto y uniforme.

Europa debe volver a interrogar su historia, comenzada sobre las orillas del Mediterráneo, en Fenicia, en ese extremo trozo de tierra que delimita el confín a Oriente. De hecho, al Mediterráneo y a sus islas es legado el acontecimiento de su propio rapto por parte de Zeus. El mito cuenta que, cuando él ve a la bella niña del “amplio rostro” – según una posible etimología de la palabra Europa-, recoge flores de la orilla del mar

junto a Tiro, y se apasiona a tal punto que, adoptando la forma de un dócil toro blanco, decide seducirla y arrastrarla consigo en una prodigiosa travesía por el mar hasta Creta, donde finalmente, transformándose en águila, se une a ella. Es pues de las orillas del Mediterráneo, de sus tierras recortadas, llenas de puertos y de golfos, de promontorios y de islas, que la historia de Europa nos habla, y aquí, en este mar que fue atravesado por aquel singular corcel, reposa quizá el sentido último, no sólo de su origen y de sus acontecimientos históricos, sino también de su porvenir. Así como la costa oriental y la travesía por el mar nos cuentan sobre la juvenil belleza de una Europa cuya historia es comprendida dentro de las orillas del Mediterráneo, así también la atracción fatal por el Occidente y el reclamo del Océano nos recuerdan su inexorable declinar, en la loca travesía hacia el más allá de los confines mediterráneos, hacia la búsqueda del sol que muere.

Quizá nadie mejor que Ulises encarna, entonces, el dilema frente al cual se encuentra Europa, hoy más que nunca: el dilema entre aquellas dos almas que rápidamente han comenzado a lacerarla; por un lado, por aquella que le es legada por su cuna y por su origen, esto es, el Mediterráneo, y por otro, por aquella otra que incesantemente la atrae más allá de los confines advertidos como demasiado estrechos, y la impulsa hacia mares ignotos, más abiertos, hacia el infinito espacio libre y vacío del Océano.

Odiseo es un héroe mediterráneo; su viaje, aunque colmado de infinitos divertimentos, es siempre un bordear, un navegar de orilla a orilla, de isla a isla, sin nunca perder la nostalgia del hogar, el ansia de retornar. Entre la tierra y el mar, el *nostos* de Odiseo, celebra la epopeya del Mediterráneo y de todo aquello que se encuentra contenido en su medida. Desmesurada, en cambio, es la *curiositas* que atormenta al Ulises de Dante<sup>10</sup>. Ya envejecido y cansado de navegar en un mar cuyos confines se le aparecen como demasiado restringidos, emprende su más riesgoso viaje vol-

---

<sup>10</sup> Como es evidente, se trata de un episodio evocado por Dante en el canto XXVI del *Infierno*. (La autora cita en este caso el verso 124 y ss. del canto XXVI del *Infierno*. De las citas que la autora incluye, ofrecemos la traducción al castellano de Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo para la 4ª edición de la *Divina Comedia* de Cátedra, Madrid, 1998, p. 234-235. [N. de T.]

viendo “la popa a la mañana”, dando la espalda a aquel Oriente desde el que Europa nace. Ulises y sus compañeros se dirigen de este modo hacia el Occidente, hacia el sol menguante, hacia el atardecer, superando las columnas de Hércules y accediendo al más allá de aquel Fin, de aquel intransitable confín por donde se abre, ignoto, el indeterminado espacio del Océano, mar sin tierra, infinita expansión de lo Ilimitado. Ninguna nostalgia de la tierra es más consentida a estos oceánicos “argonautas del ideal”, a estos “aéreos navegantes del espíritu”, como, algunos siglos más tarde, los llamará otro gran bardo del Océano, Friedrich Nietzsche. Precursor de piratas y balleneros, antecesor de Colón, el Ulises de Dante quiere impulsarse “hacia el profundo mar abierto”, devorado por una sed de conocimiento, por una voluntad de saber, que impulsará a Europa al “loco vuelo”<sup>11</sup>, olvidando la propia medida mediterránea. Más irresistible aún que el canto de las sirenas, el reclamo de Océano invitará a Europa a hacer un viaje<sup>12</sup> que la conducirá a perderse en Occidente, a tramontar como el sol que en ese punto se apaga, a perder el propio baricentro, identificándose de este modo sólo como la tierra del sol menguante, como *Abend-land*, la tierra del atardecer. No desde Tiro a Creta, sino desde una orilla a otra del Atlántico, se desarrolla ahora la prodigiosa travesía de una Europa que, habiendo perdido el recuerdo de su origen, se asigna de este modo el destino del Nuevo Mundo sobre el que se posa.

De aquí procede la Occidentalización del mundo, de esta *hybris* por pasar límites y confines; de la seducción de Océano, de la experiencia de su espacio homogéneo y vacío nace la razón occidental, su preventivo hacer tabla rasa para poder calcular, proyectar, transformar, operar mejor. De aquí también, de esta de-cisión oceánica que corta toda relación con la tierra, se pone en movimiento el pensamiento técnico-económico que, en el nombre de Occidente, se ha impuesto sobre el globo terráqueo entero, unificándolo bajo la insignia de esa uniformidad que caracteriza la era

---

<sup>11</sup> Al viaje del Ulises dantesco y a su conclusión en el “loco vuelo” ha dedicado espléndidas páginas M. Cacciari, *L'Arcipelago*, *op. cit.*, pp. 63-71. Importantes observaciones, incluso en relación a la “mesura” del Mediterráneo respecto a la desmesura del Océano, si encuentran en F. Cassano, “Mediterraneo”, en *Il pensiero meridiano*, *op.cit.*

<sup>12</sup> Baudelaire.

global. Potente *reductio ad unum*, este proceso surca culturas, lenguas, paisajes, como una indistinta superficie oceánica, imprimiendo por doquier el mismo sello, la misma impronta, cancelando diferencias, singularidades, especificidades, haciendo todo perfectamente homogéneo, monocromático, como entre el cielo y el mar.

Entre estas dos diversas superficies acuáticas, entre la plana extensión oceánica de lo Ilimitado y el estrecho espacio del Mediterráneo, de un mar siempre circundado por tierras, se coloca ahora nuestra decisión acerca del destino de Europa. ¿Sabremos volver a interrogar el sentido de nuestra historia? ¿Sabremos recordar lo que históricamente y geofilosóficamente significa para nosotros el Mediterráneo? Esto significa la experiencia, única en el mundo, del encuentro entre el mar y la tierra, de un espacio de distribución que separa y divide, pero también conecta y une, favoreciendo los intercambios entre identidades que, en un incesante diálogo, quieren seguir siendo diferentes. En su pluralidad de confines y fronteras, se produce un lugar de conflicto, pero también de extraordinario encuentro, de inagotable confrontación con el otro, impidiendo, moderando toda drástica *reductio ad unum*. De este mar de diferencias ha nacido Europa, pluralidad irreductible de pueblos y lenguas, obligados a dialogar entre ellos, obligados a la fatiga incesante de la traducción y de la distancia ¿Sabrá este antiguo mar, rodeado de tierras, ser aún modelo de una configuración no universal, sino plural del mundo? ¿Sabremos todos, no sólo nosotros los europeos, aún ser mediterráneos y reencontrar, al final, un nuevo *nomos*, una nueva medida, tierra y mar?

No obstante su atracción por el Océano, Nietzsche ha sido también un pensador mediterráneo, y ciertamente había comprendido la vocación mediterránea de Europa ya que en un fragmento de 1885 escrito en Sils-Maria, entre los montes de la tan amada Engadina, pudo afirmar:

[...] redescubrir en sí el Sur y tender sobre sí un claro, espléndido, misterioso cielo del Sur; reconquistar la salud meridional y su renovada potencia del alma; volverse gradualmente más vastos, más supranacionales, más europeos, más supraeuropeos, más orientales, en fin, más griegos –ya que el mundo griego fue la primera gran unificación y síntesis de todo el mundo oriental y justamente por eso el inicio del alma europea, el descubrimiento

de nuestro “nuevo mundo”: - para quien vive bajo tales imperativos ¿Quién sabe qué podrá sucederle algún día? Quizá justamente un nuevo día<sup>13</sup>.

En este “nuevo día” y “nuevo mundo”, que esperamos para el advenir de Europa y del mundo entero, pensaba también Heidegger, cuando, al día siguiente del fin del segundo conflicto mundial, así se interrogaba con aprensión sobre el destino de Europa:

¿Acaso somos nosotros los últimos llegados de una historia que ahora se acerca rápidamente a su fin que acabará poniéndolo todo en un orden de uniformidad cada vez más insípido? (...) ¿Estamos a la vigilia de la más enorme transformación de toda la tierra y de la época del ámbito histórico en que está suspendida? ¿Estamos en el crepúsculo de una noche en saldrá otro primitivismo? ¿Emprendemos la marcha precisamente para emigrar a la tierra histórica de ese crepúsculo de la tierra?, ¿está viviendo apenas la tierra del crepúsculo? ¿Irá esta tierra del crepúsculo más allá de Occidente y Oriente y sólo a través de lo europeo llegará el lugar en que comience la historia acertada?, ¿somos los actuales ya occidentales en un sentido que sólo se revela mediante nuestro paso a la noche del mundo?<sup>14</sup>.

Solo cumpliendo en profundidad aquel “destino” que es Occidente; solo, pues, cuando Europa esté en condiciones de reconocerse como aquella tierra del atardecer que estaba destinada a ser, le será tal vez posible, según Heidegger, “salir al encuentro de las decisiones venideras, acaso para llegar a ser de una manera muy distinta un país del sol naciente”<sup>15</sup>.

Traducción: Gabriela Milone

---

<sup>13</sup> F. Nietzsche, *Frammenti postumi 1884-1885*, vol. VII, tomo III, *Opere di Friedrich Nietzsche*, edición a cargo de G. Colli y M. Montinari, tr. it. de S. Giametta, Adelphi Milano 1975 41 [7], p. 329-330. (Agradecemos a Juan Manuel Conforte, y por intermedio, a Sergio Sánchez por la colaboración en la localización y la traducción de esta cita de Nietzsche. Como se sabe, es extensa la polémica en torno a la traducción al castellano de los fragmentos póstumos del filósofo alemán, empresa que lleva a cabo hace algunos años la editorial Ténos; y con todo, el tomo al que pertenece esta cita no ha sido editado aún. Por tal motivo es que ofrecemos aquí la traducción del italiano de este fragmento. [N. de T.]

<sup>14</sup> Heidegger, M., “La sentencia de Anaximandro”, en *Sendas perdidas. Holzwege*. Losada, Buenos Aires, 1960, p. 273.

<sup>15</sup> Heidegger, M., *¿Qué significa pensar?*, Nova, Buenos Aires, 1972, p. 71.